

un fusil, pistolas, un martillo y cuatro galletas, se pusieron en marcha, cada uno á las órdenes de sus jefes respectivos, mandados todos por Bartolomé Sharp. En todas partes se ocultaban y huían las gentes á porfía á su aproximación. No encontrando tanto botín como deseaban, construyeron canoas, bajaron hasta el mar del Sur, y allí tomaron y capturaron grandes buques. Los españoles les atacaron con tres buques y fueron batidos; pero habiendo parecido Sharp, se dividieron en bandos, dirigiéndose los unos hácia las islas occidentales y los otros hácia el Perú.

Entraron en el río de Guayaquil y sitiaron la ciudad, en la cual encontraron 92.000 pesos en plata, una cantidad considerable de alhajas y mercancías, y catorce buques mercantes; por fin, el gobernador se obligó á pagar por el rescate de la plaza 1.000.000 de pesos y cuatrocientos sacos de harina. Pero en medio del desorden estalló un incendio que destruyó la mitad de la ciudad; los filibusteros se marcharon con su botín, llevándose quinientos prisioneros á la isla de Puna, donde esperaron el rescate prometido, y á medida que éste se hacia esperar, enviaban al gobernador la cabeza de alguno de los cautivos.

El holandés Van-Horn fué á atacar á Veracruz á la cabeza de mil doscientos compañeros, entregándole al saqueo. Reunidos despues en gran número los filibusteros, cayeron sobre el Perú. Nadie se atrevió á resistir á estos terribles invasores, que despojaban atrevidamente las ciudades y los campos. Despues de haber puesto presos á los ricos, y de haber asesinado los naturales y violado brutalmente las mujeres, se volvieron sin haber perdido un hombre, tan cargados de oro y plata como los compañeros de Pizarro. Pero, como los destructores de Troya, perecieron en el camino por las tempestades y por sus malas costumbres.

Si estos hombres audaces hubiesen obrado de acuerdo y con un fin mejor, habrían podido cambiar la faz de América, al paso que, obrando como aventureros aislados, sólo dejaron señales de devastación. Cuando más, encontraron por casualidad alguna isla desconocida; pero excitaron la admiración general por sus prodigios de valor y por sus grandes infortunios. Un año despues del descubrimiento de la isla de

Juan Fernandez, los cazadores se dejaron allí olvidado por equivocación á un indio, mosquito, llamado Guillermo, que permaneció tres años. Tenía un fusil, un cuchillo, un frasco lleno de pólvora y algunas balas; pero cuando se le acabaron estas municiones, hizo del cuchillo una sierra, con la cual cortó en varios trozos el cañón de su fusil, de los cuales fabricó arpones, lanzas y bicheros, y un gran cuchillo, caldeando el metal y machacándolo despues entre piedras, como lo practican los mosquitos. Los vestidos se le habian consumido, y se hizo uno de piel de cabra, el cual tenía puesto cuando volvieron á aparecer sus compañeros, á quienes habia tenido la atención de preparar un banquete abundante.

En 1700 abandonaron también los cazadores al bravo marino escocés Alejandro Selkirk. Le costó mucho trabajo vencer la melancolía y el fastidio en los ocho primeros meses; mas, sin embargo, se construyó dos cabañas y mató cabras mientras le duró la pólvora. Despues encontró el modo de encender lumbre frotando fuertemente dos palos secos. Logró pasar el tiempo, orando y cantando los salmos. No teniendo ya pólvora para matar cabras, las cogía á la carrera; pero una vez se cayó en un precipicio persiguiendo á estos animales, y estuvo muchos dias sin poderse mover. De este modo cogió más de ciento cincuenta cabras, crió algunas, y se divertía en bailar con ellas y con los gatos; estas dos clases de animales habian sido introducidos en la isla por los cazadores. Endurecidos los piés con las carreras, le formaron un grueso callo, y se hizo vestidos con pieles de cabra, que cosía con el auxilio de un clavo. Las palmeras y navas que habian sembrado los cazadores le suministraron también alimento. Vivió aislado cuatro años y cuatro meses, durante los cuales olvidó casi completamente la pronunciación de las palabras. A su vuelta á Londres iba por las calles como atontado, y á veces echaba á correr con toda su fuerza, según hacia en la isla, sin cuidarse de los pasajeros. Fué el tipo de *Robinson Crusóe*, de De Foë, una de las pocas novelas que siempre vivirán.

Principió la decadencia de los filibusteros cuando parecia llegado el momento de conquistar la América entera. Estallaron entre

ellos las aversiones nacionales, comprimidas en un principio por la sed del botín, haciéndose cruda guerra los franceses por una parte y los ingleses por otra. Cesó entonces de ser su centro común la Tortuga; los primeros se instalaron en la Jamaica, desde donde fueron á buscar nuevas aventuras al mar del Sud, donde volveremos á encontrarlos. Los franceses, dirigidos por Gramont, hicieron una célebre expedición á Campeche, saqueando la ciudad y quemando por valor de 1.000.000 en palo de tinte, en honor de Luis XIV. Otras veces acudieron en auxilio de las armas de su nación, como sucedió en el sitio de Cartagena de 1697; pero como se les dejó expuestos á los mayores peligros y no se les llamó despues á tomar parte en el botín, se apoderaron de nuevo de la ciudad para saquearla á su vez.

Las guerras continuas que sostenian, manteniéndolos más separados de los ingleses, contribuían á debilitar sus fuerzas, y renunciando á su vida aventurera se aplicaron al cultivo, principalmente en Santo Domingo, donde formaron una colonia, de que se apoderó luego la Francia; las plantaciones de cañas de azúcar atrajeron muy pronto el oro de Méjico y del Perú, lo que contribuyó á hacer de esta isla el más rico establecimiento de ambos mundos. Mejor construida en 1772 adquirió mayor prosperidad; quinientos mil negros cultivaban su suelo, fértil en extremo, y sus productos eran tan abundantes, que se ocupaban cuatrocientos diez buques y doce mil marinos en exportar un valor de 150.000.000 de mercancías recogidas por las ocho mil quinientas cincuenta y seis casas de las cuales hay ochocientas que sólo producen azúcar.

El ministro Colbert, deseando hacer que prosperase el comercio de Francia, creyó conseguirlo fundando una nueva compañía; volvió á comprar las Antillas en 840.000 libras, pero la compañía le perjudicó con sus privilegios sin aprovecharse en nada ella misma. El sistema Colbert gravitaba pesadamente sobre las colonias, y sus rendimientos, lejos de ser empleados en hacerlas florecer, pasaban á manos de los arrendatarios que percibían el impuesto; la exportación estaba encadenada, y como los negociantes extranjeros disfrazaban sus operaciones con el auxilio de las cartas patentes

que les facilitaban los naturales, se impuso á todos los buques la obligación de volver á entrar en los puertos de partida, produciendo así mayores gastos y la pérdida de mucho tiempo. Llamábase esto celo por la prosperidad del comercio. Agréguese también los impuestos onerosos, hasta el punto de que el cacao, que costaba cinco sueldos en las colonias, pagaba quince de entrada. De los veintisiete millones de libras de azúcar que producían las colonias, sólo se permitían exportar veinte para el consumo de la metrópoli, de lo cual resultaba, que lejos de aumentarse la producción, se disminuía. No quedaba más recurso á los colonos que idear alguna industria nueva, que no estuviese todavía sobrecargada por el fisco ó favorecer el contrabando.

En 1717 se dictó un reglamento bien concebido y claro para sustituir al antiguo, por el cual quedaron libres de derechos las mercancías que se exportaban para las Antillas, y se disminuyeron también los derechos de entrada que pesaban sobre los productos. Quedaron, sin embargo, bastantes trabas para entorpecer su desarrollo, sin que la Francia haya sabido nunca plantear una legislación apropiada á su clima, y un cultivo tan diferente á los de Europa.

¿Qué ley puede haber más justa en principio que la de dividir las herencias en proporciones iguales? Y sin embargo produce allí tal fraccionamiento, que imposibilita el cultivo en grande, indispensable en este género de propiedades.

La Martinica no fué de ménos importancia que Santo Domingo, y aunque los colonos tuvieron que sostener una guerra continua contra los caribes, lograron por fin expulsarlos, organizando entonces el trabajo, el comercio y el cultivo, primero del tabaco y del algodón, y despues el del azúcar y el cacao, en particular desde 1684, que se extendió en París el uso del chocolate. Habiendo destruido un huracán, poco tiempo despues, todos los árboles del cacao, fueron reemplazados por el café, que llegó á ser el mejor de la América.

Luego que cesaron las guerras con las potencias marítimas, así como la mala administración, fué la Martinica el mercado de las islas inmediatas, llevando allí dinero en abundancia

el activo contrabando que se hacia en las posesiones españolas.

Esta prosperidad se turbó muchas veces á causa de las deplorables guerras dinásticas de Europa, despues por muchos huracanes, principalmente el de 1766, y por un insecto que devastaba de tal modo las plantaciones, que se pensó en abandonarlas como cosa perdida; pero felizmente se encontraron algunos remedios para combatirlo.

Fué preciso tener constantemente en estas islas fuerzas considerables para defenderlas contra los ingleses y holandeses, y no bastando las milicias del país, se sujetaron los colonos á un impuesto para el sostenimiento de tropas regulares. Pero el gobierno francés creyó necesario conservar al mismo tiempo las milicias para velar por el orden interior, y obligó á los colonos á sufrir esta carga sin librarlos de la otra, lo cual produjo un grandé descontento, particularmente en Santo Domingo, donde fué necesario recurrir á las armas para comprimirlo.

Contábanse en la Martinica doce mil blancos en 1778, tres mil negros ó mulatos libres y ochenta mil esclavos. Doscientas cincuenta y siete plantaciones de caña de azúcar producian 240.000 quintales de azúcar en bruto; los colonos eran una poblacion rica, que amaba el lujo, sobresalientes en el mar, y que detestaban la tiranía.

Francia recibia de Santo Domingo en 1775 en trescientos cincuenta barcos 1.230.663 quintales de azúcar, cuyo valor ascendia á 45 millones de libras; 459.000 quintales de café, que valian 22 millones; 18.000 de añil, cuyo precio era de 15 millones; 5.780 de cacao, por valor de 400.000 libras; 500 quintales de achote, estimado en 32.000 libras; 26.000 de algodón, en 6.700.000 libras; 14.000 de cueros en 164.000 libras; 43.000 quintales de filamentos para hacer cuerdas, á 43 libras el quintal; 90 quintales de pulpa de cañafistola, valuados en 2.400 libras; además, géneros menudos y plata amonedada, todo ascendia á 94 millones. A esto debe añadirse 488.598 libras para Cayena, 19

millones para la Martinica, 12.751.404 para la Guadalupe, y se encontrará que en el curso de aquel año la Francia sacó de sus posesiones del Nuevo Mundo más de 126 millones, de los cuales exportó para los extranjeros 73 millones y medio.

La Francia saca productos de otro género de la pequeña isla de San Pedro, que no cuenta más de ochocientos habitantes de vecindario; pero millares de marinos acuden allí de la Bretaña y de la Normandía á la pesca del bacalao. Catorce mil marineros, ocupados en las diferentes operaciones que produce, existian en ella en 1830.

Ya hemos hecho mencion de la prosperidad á que llegó Cuba en tiempo de la abolicion del monopolio. En 1746 España habia concedido su comercio á una compañía que enviaba á ella tres barcos al año, y volvian con veinte mil arrobas de azúcar. En 1764, la España permitió á los colonos vender directamente sus géneros á los europeos, aunque empleando para transporte los barcos del estado, restriccion que se quitó tres años despues; tambien se suprimió luego la prohibicion de traficar con otros americanos. En fin, en 1790 el comercio pudo considerarse como libre.

Es admirable el acrecentamiento rápido que resultó de él. La poblacion, en un principio en pequeño número, ascendia ya á 170.000 almas en 1775; en 1817 á 552.000, y á 730.000 en 1827; es decir, que se habia cuadruplicado en el espacio de medio siglo. La produccion era, en 1830, de ocho millones de arrobas de azúcar y de 2.880.000 de café, en lugar de 7.000 apenas que daba en 1692. Las rentas en 1827 eran cerca de 47 millones, al paso que Méjico, con igual poblacion, producía sólo doce, y Java, isla la más floreciente en el archipiélago indio, no daba más que ocho millones en 1822. La Habana cuenta 112.000 habitantes, de los cuales 22.000 son esclavos; la aduana produce 24 millones, y la prosperidad va en aumento en el día, que se han introducido máquinas de vapor é instrumentos y métodos de agricultura más perfeccionados.

LIBRO DÉCIMO.

DESDE FRANCISCO I HASTA LA REFORMA.

SUMARIO.

Francisco I. — Carlos V. — Lutero. — Países-Bajos. — España. — Portugal.

CAPITULO I.

Francisco I. — Carlos V.

Felipe el Hermoso, hijo del emperador, con quien Fernando habia casado á su única heredera (1516), habia muerto antes que él; tenia, pues, por sucesor á Carlos de Austria, que habia nacido de aquel príncipe. Por María de Borgoña, su abuela, Carlos era heredero de la mayor parte de los Países-Bajos y del Franco Condado; por su madre, Juana la Loca, de los reinos de Castilla, Leon y Granada; por su abuelo materno Fernando, de los de Aragon y Valencia, del condado de Barcelona y del Rosellon, de los reinos de Navarra, Nápoles, Sicilia y Cerdeña; además, por Maximiliano, de Austria, de la Estiria, de la Carintia, de la Carniola, del Tirolo y de la Suavia austriaca. Añádase á esto una extension de territorio africano y la mitad de la América, y se comprenderá cómo pudo alabarse de que nunca se ponía el sol en sus estados.

A la muerte de Maximiliano (1519), se presentó tambien para pedir la corona imperial, pero tuvo por competidor á Enrique VIII y áun más á Francisco I. Los embajadores de este príncipe iban al encuentro de los electores, corriendo de córte en córte con un saco bien provisto y diciéndoles: «Que no perpetuasen en la casa de Austria una corona electiva; que sería muy insensato el que al acercarse una tempestad, titubease en confiar al más valiente el timon de la nave.» Pero los talentos que Francisco I habia manifestado eran precisamente lo que le perjudicaba para con los electores, al

paso que el príncipe austriaco no habia aún revelado ninguno. Acostumbrados los príncipes alemanes á obrar á su antojo, temian que el monarca francés introdujese en un estado constitucional las costumbres de un gobierno despótico. Federico, elector de Sajonia, á quien sus colegas ofrecian, no el poderoso cetro de Carlo-Magno, sino la inútil dignidad de Maximiliano, se mostró digno del sobrenombre de Prudente, rehusándole; les aconsejó dijesen la preferencia á Carlos, quien por la posicion de sus estados podria defender con utilidad el imperio contra los turcos.

Aunque hombres prudentes aconsejasen á Carlos se contentase con la España y se asegurase su amenazada posicion, éste, que recibió en el camino la noticia de que Cortés acababa de adquirir en Méjico un nuevo imperio que él no veria nunca, no por eso dejó de persistir en adquirir la diadema imperial; gastó é intrigó tanto como su rival y le venció. De todos modos se le impuso una capitulacion que ha sido despues el modelo de las capitulaciones siguientes, por la cual se obligó á proteger la cristianidad, la paz, la bula de oro, los derechos y la libertad de cada estado, no colocar extranjeros en los empleos, no reclutar tropas fuera y no usar otros idiomas que el latin y el aleman. Se comprometió además á destruir las ligas comerciales que lo monopolizaban todo con su dinero y á residir la mayor parte del tiempo en Alemania (1519). Carlos lo prometió todo, porque las promesas no cuestan nada, y se puso á la cabeza de la nueva era.

¿Cuál no debia ser el despecho de Francis-